

De civilización y naturaleza.

Notas para el debate sobre la historia ambiental latinoamericana

Guillermo Castro Herrera*

La historia ambiental –o, si se quiere, el abordaje de lo ambiental como objeto de estudio histórico– constituye un campo en formación. En lo más esencial, cabría señalar que ella se ocupa de las interacciones entre las sociedades humanas y el mundo natural, y de las consecuencias de esas interacciones para ambas partes a lo largo del tiempo. Esta definición, sin embargo, debe tomar en cuenta dos aspectos de lo definido: uno, la estructura interna del campo; otro, el proceso que conduce a su formación. Cada uno de ellos merece una referencia separada.

La estructura del campo

Así, en lo que hace a la estructura interna del campo, para Donald Worster¹ la historia ambiental se constituye a partir de un diálogo entre las ciencias humanas y las naturales, que opera a partir de tres verdades esenciales. La primera consiste en que las consecuencias de las intervenciones humanas en la naturaleza a lo largo de los últimos 100 mil años, al menos, forman parte indisoluble de la historia natural de nuestro planeta. Tal es el caso, por ejemplo, del vasto impacto ambiental de las culturas y civilizaciones prehispánicas en zonas tan disímiles como el Darién, el Valle de México y el Altiplano andino,² y las formas –a veces sutiles, a veces abiertas– en que ese impacto puede prolongarse hasta el presente. A esto se añade que nuestras ideas sobre la naturaleza tienen un carácter histórico, se imbrican de múltiples maneras con intereses, valores y conductas referidos a otros planos de nuestra existencia, y desempeñan un importante papel en nuestras relaciones con el mundo natural.³ Y, por último, está el hecho evidente de que nuestros problemas ambientales de hoy tienen su origen en nuestras intervenciones en los ecosistemas de ayer.

Para Worster, por otra parte, la historia ambiental asume estas premisas en tres áreas de relación estrechamente vinculadas entre sí. La primera está constituida por el medio biogeofísico natural en que tiene lugar la actividad humana. La segunda, por las relaciones entre las formas y propósitos de ejercicio de esa actividad y las tecnologías de que ella se vale, por un lado, y las consecuencias para la organización social humana –desde emigraciones o inmigraciones masivas, hasta el surgimiento o desaparición de grupos sociales completos–, de la reorganización de la naturaleza producida por tales intervenciones. La tercera y última, por su parte, se refiere a las expresiones de la experiencia histórica acumulada en la cultura, valores, normas y conductas que caracterizan las formas de relación con el mundo natural dominantes en cada sociedad, orientándolas hacia la reproducción o la transformación de las mismas.

Todo esto implica, por supuesto, consideraciones de orden metodológico que aquí solo cabe mencionar. Así por ejemplo, como lo advierte Germán Palacio,⁴ se hace necesario atender al hecho de que la historia ambiental vincula entre sí los tiempos de la acción humana con los de la historia natural, proyectándose tanto hacia un pasado que a fin de cuentas es el de nuestra especie –y abarca por tanto unos cuatro millones de años–, como hacia la prefiguración de opciones de futuro que operan en plazos más extensos, también. Lo mismo puede decirse del espacio: en efecto, si en lo más amplio la historia ambiental se refiere a la expansión de nuestra especie por el planeta, en lo más cercano esa expansión sólo puede ser comprendida y explicada a escala de una economía y unas relaciones sociales y políticas que funcionan como un mercado y como un sistema mundiales, en construcción a lo largo de los últimos 500 años, tal como lo expresa el lema que adorna el escudo nacional adoptado en 1904 por los creadores de la república de Panamá: *Pro Mundi Beneficio*.

La dinámica fundamental de estas interacciones entre las sociedades humanas y su entorno natural, por otra parte, puede ser expresada idealmente a través de las transformaciones sucesivas que van experimentando

los paisajes debido a la intervención de los humanos en sus ecosistemas, y las sociedades responsables de esas transformaciones. Así, para el geógrafo francés Pierre Gourou, por ejemplo, cada paisaje constituye una síntesis de las “técnicas de producción” y “las técnicas de encuadramiento” de la sociedad que lo ha creado, sobredeterminada a menudo, además, por los “paisajes fósiles” legados por las sociedades precedentes.⁵ Esta visión del paisaje como síntesis de las relaciones que los humanos establecen entre sí y con su entorno, a su vez, permite establecer una periodización de los procesos de reorganización del mundo natural y de la organización social, correspondiente a los medios técnicos empleados y los propósitos políticos con que esa transformación del mundo natural ha sido llevada a cabo, en el sentido indicado por Worster.

La formación del campo

Años atrás, en algún texto de lectura obligada en la Universidad donde estudié, dos historiadores franceses cuyos nombres yo debería recordar señalaban que la historia, como práctica cultural, había nacido en Grecia más o menos en coincidencia con el desarrollo de las primeras formas de vida democrática. Las nuevas relaciones políticas entonces emergentes abrían la posibilidad de controlar el futuro a través de la disputa por el control del pasado mediante su análisis racional. Y la política, ciertamente, desempeña un importante papel en el surgimiento de la historia ambiental en el mundo anglosajón en el último cuarto del siglo XX, y anima hasta hoy, sin duda, el desarrollo de esa forma nueva de encarar y entender el pasado en nuestra cultura contemporánea.

En efecto, el origen de este proceso de formación puede ser remitido al gran momento de fractura de la geocultura global creada por el liberalismo clásico a partir de 1848, en aquel proceso tan reiteradamente analizado por Immanuel Wallerstein, a lo largo del cual el mundo natural fue reducido a la categoría de una naturaleza externa al mundo creado por los humanos, cuya propia historia a su vez se reducía a la de sus características políticas, económicas y sociales.⁶ No es el caso reiterar aquí la estructura general de la organización del conocimiento gestada al interior de esa geocultura, con su nítida separación aparente entre los campos de las ciencias naturales, las sociales y las humanas, pues el debate en torno a la crisis de esa estructura constituye uno de los ejes más visibles del proceso de transformaciones por el que viene atravesando la cultura contemporánea.

De lo que se trata es de recordar que el campo que aquí nos interesa empieza a formarse en el marco más amplio de aquella fractura, que abarcó además complejos procesos de movilización social y política, de transformaciones económicas y de cambio cultural. En lo que nos toca, por ejemplo, esas transformaciones incluyeron la desintegración del sistema conceptual organizado en torno a la noción de desarrollo, que a partir de la Segunda Guerra Mundial había venido a encarnar la esperanza de que llegaran a todos los pueblos del planeta “el progreso técnico y sus frutos”, según alguna vez la definiera Raúl Prebisch. Con ello, se abrió a su vez el camino hacia lo que Stefania Gallini llama el “giro fundamental” que reivindican los historiadores ambientales, que permitiría “abandonar la unilinearidad economicista de la historia”, tan característica de las ideologías del progreso que florecieron al interior de la geocultura liberal.⁷

Esa fractura, por otra parte, se inició en los países centrales del sistema mundial, donde catalizó y potenció preocupaciones y temores de vieja data en los más diversos sectores de la vida social, abriendo paso a movimientos sociales de nuevo tipo, como el ambientalismo, que a su vez iniciaron una lenta y persistente irradiación hacia todas las sociedades del planeta. La historia ambiental se forma al interior de este proceso, porque en él se forjan los interlocutores del nuevo campo en cada sociedad del planeta. De este modo, nuestro campo empieza a tomar forma en el mismo momento en que la humanidad empieza a tomar conciencia del vasto alcance, y las graves implicaciones, de la crisis en que han venido a desembocar sus relaciones con el mundo natural al cabo de doscientos años de crecimiento económico y polarización social incesantes, que culminan en el “siglo despilfarrador” a que hace referencia la historia ambiental del siglo XX recientemente publicada por John McNeill.⁸ Y esto hacía inevitable un primer movimiento de ajuste de cuentas con las ideologías del progreso en el campo de las relaciones con el mundo natural, a través de un movimiento de denuncia a la crítica, y de allí a la construcción –hoy en curso– de la historia ambiental como expresión y como medio para el florecimiento de la nueva cultura que empieza a animar nuestras relaciones con el mundo natural de fines de la década de 1980 en adelante.

Haciendo historia ambiental, al Sur

Es en el marco de este proceso donde cabe, en justicia, situar la discusión sobre la labor cumplida y las tareas pendientes para la historia ambiental en América Latina. Se trata, en este sentido, de entenderla desde nuestra contemporaneidad. En esa perspectiva, justamente, discurre la reflexión que hiciera José Martí sobre el papel de la historia en la construcción de sociedades nuevas en la América hispana, cuando en su ensayo *Nuestra América*, de 1891, señalaba lo siguiente:

¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive... Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos.... Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías.

Y agrega:

La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria.⁹

Pero, ¿de qué Grecia hablamos hoy, nuestra o ajena? ¿A qué necesidades ha de responder la historia que demanda nuestro presente? A lo largo de los últimos veinte años, América Latina ha venido atravesando por una persistente combinación de crecimiento económico, deterioro social y degradación ambiental, en un contexto de exacerbación de lo que algunos han llamado una “economía de rapiña” (Brunhes, 1955), cuyas raíces se remontan al menos al siglo XVI. Una situación así podría ser la más adecuada para el desarrollo de una historia de las transformaciones producidas por los humanos en los ecosistemas de la región mediante el trabajo socialmente organizado, y del impacto de dichas transformaciones en el desarrollo humano. Sin embargo, no ha ocurrido así, y a casi un cuarto de siglo de haberse iniciado el desarrollo de este campo, ya no tan nuevo, Lise Sedrez puede afirmar que “la disciplina ‘historia ambiental de América Latina’ está aún en proceso de formación, tanteando su definición y fronteras en un terreno donde sus practicantes tienen muchos lugares para buscar inspiración.”¹⁰

Para explorar este problema en el sentido que nos interesa, es bueno distinguir la historia ambiental de América Latina de la historia ambiental latinoamericana. Aquí, la primera se refiere simplemente a la historia ambiental que encuentra su objeto de estudio en la región, con independencia de la cultura de origen de quien realiza dicho estudio. La segunda, en cambio, se refiere a las tendencias y problemas que caractericen el quehacer de los latinoamericanos en este campo.¹¹ La primera supone, así, un diálogo entre culturas –sobre todo la anglosajona y la iberoamericana–, que llega a alcanzar una gran riqueza en autores como el colombiano Alberto Florez Malagón, para citar un ejemplo destacado.¹² La segunda, en cambio, supone un diálogo intra-regional que aún está en vías de constituirse.

En esta perspectiva, cabe ubicar algunas expresiones precedentes de una historia ambiental latinoamericana a fines de la década de 1970, en el marco del creciente interés por los problemas ambientales de la región que por ese entonces empezaba a manifestarse en organismos internacionales de desarrollo y en algunas instituciones académicas de la región, en las que se discutía la utilidad de un análisis de estos problemas en perspectiva histórica. Así, en 1978 el geógrafo chileno Pedro Cunill señaló la necesidad de establecer un horizonte histórico para el análisis de los problemas ambientales, y en 1980 Nicolo Gligo y Jorge Morello publicaron su breve ensayo “Notas para una historia ecológica de América Latina”, como parte de la antología en dos volúmenes *Medio Ambiente y Desarrollo en América Latina*, que sintetizaba el estado del debate en la región, editada por el propio Gligo –sociólogo– y por Osvaldo Sunkel –economista–, ambos por ese entonces funcionarios de la Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas.

En 1983, Luis Vitale publicó *Hacia una Historia del Ambiente en América Latina*, en importante medida, una réplica a las ideas de Sunkel y otros científicos sociales vinculados a la CEPAL, respecto al impacto ambiental del desarrollo económico y social de la región. En 1987, Ortiz Monasterio et al. publicaron *Tierra Profanada: Historia Ambiental de México*, en lo fundamental una denuncia-manifiesto en contra del saqueo y destrucción de los recursos naturales de aquel país a partir de la conquista europea. Y enseguida este promisorio comienzo pareció detenerse.

La década de 1990 presenció una actividad más sostenida, que se inició al calor del renovado interés oficial por los problemas ambientales, asociado a los preparativos de la Conferencia Mundial sobre Ambiente y Desarrollo que se celebraría en Río de Janeiro en 1992 (Río 92). Así, en 1990 el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y la Agencia Española de Cooperación Internacional publicaron en Madrid el libro *Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina: Una visión evolutiva*, que intentaba ofrecer un análisis en perspectiva histórica de los problemas de la región que serían abordados en Río 92, bajo la coordinación del ambientalista mexicano Fernando Tudela.

Fuera del ámbito institucional, también en 1990 Fernando Mires publicó en Costa Rica *El Discurso de la Naturaleza: Ecología y política en América Latina*, que incorpora referencias históricas en el planteamiento de su tema principal. En 1991, el economista Elio Brailovsky y la bióloga Dina Foguelman, ambos activos en temas ambientales desde la década de 1970, ganaron un Premio de la Editorial Sudamericana con el libro *Memoria Verde: Historia Ecológica de la Argentina*, reeditada muchas veces desde entonces en ese país. En 1994, el libro *Naturaleza y Sociedad en la Historia de América Latina*, del panameño Guillermo Castro, obtuvo el Premio Casa de las Américas en La Habana, Cuba, y en 1996 el historiador colombiano Alberto G. Florez Malagón publicó el ensayo teórico “La historia ambiental: hacia una ubicación disciplinar”, en el que proponía a la historia ambiental como una subdisciplina de la historia, y evaluaba sus posibilidades de desarrollo en el medio académico de su país. En 1995 y 1999 Cunill publicó nuevos trabajos de geografía histórica, relevantes para la historia ambiental de la región, y en 1999 Bernardo García y Alba González Jácome publicaron en México la antología *Estudios sobre Historia y Ambiente en América*, que incluye trece textos sobre la historia ambiental de Argentina, Bolivia, México y Paraguay –en su mayoría relativos al período que va del siglo XVI al XIX– producidos por 16 autores, trece de ellos latinoamericanos.

La lista podría ser más larga, por supuesto, sin llegar nunca a ser exhaustiva.¹³ Lo esencial aquí, sin embargo, parece ser el contraste entre la tendencia de la historia ambiental a consolidarse como un campo de trabajo en el medio académico latinoamericano, por un lado, y la persistente dispersión y desconexión, en el espacio y el tiempo, de las comunidades intelectuales vinculadas a ese proceso, por el otro.¹⁴ Más allá del tamaño y la diversidad de la región –factores ineludibles cuando se considera cuán poco relacionadas entre sí se encuentran las comunidades académicas hispanoamericana y brasileña, por ejemplo–, esta última tendencia parece estar más bien asociada a las tradiciones culturales y a la evolución social y política de nuestros países.

En lo académico, los campos de estudio emergentes, sobre todo cuando relacionan entre sí áreas de actividad tradicionalmente separadas, suelen encontrar dificultades para establecer un lugar propio en las universidades e instituciones de investigación científica de la región. En lo sociopolítico, el ambientalismo latinoamericano ha debido formarse y evolucionar durante largo tiempo bajo la pesada sombra del Estado y de los organismos financieros y Organizaciones No Gubernamentales internacionales, mientras mantienen vínculos usualmente muy débiles con su propia sociedad, y con el interés público de sus conciudadanos. Lo fundamental, en todo caso, es que – en ausencia de una demanda interna significativa para el abordaje de los problemas ambientales de la región en perspectiva histórica –, parte al menos del impulso inicial para el desarrollo de la historia ambiental latinoamericana proviniera de instituciones internacionales como la CEPAL y el Banco Interamericano de Desarrollo, que tienden a enfatizar lo estructural por sobre lo temporal en su labor de análisis, y a subordinar el tratamiento de lo ambiental al de lo económico. Esto podría explicar algunos elementos característicos de la primera fase del proceso arriba descrito.

Uno de ellos, por ejemplo, se refiere a los momentos sucesivos de efervescencia, vinculados a conferencias internacionales sobre el ambiente, que abrieron espacios para la participación de académicos interesados en la dimensión histórica de los problemas ambientales. Otro, a la casi general ausencia de contribuciones teóricas y metodológicas a lo largo de la década de 1980, y el carácter apenas incipiente de

éstas en la de 1990,¹⁵ tanto más notable en una región en la que el debate sobre estos temas tiene una rica tradición, sobre todo en las ciencias sociales.

En este contexto, por otro lado, pueden ser identificados al menos dos fuentes importantes para el abordaje histórico de nuestros problemas ambientales. Una corresponde a la tradición de denuncia y crítica al saqueo de los recursos naturales de la región por parte de corporaciones del mundo Noratlántico. Esta tradición, con hondas raíces en la narrativa y en el periodismo de investigación, ofrece un poderoso elemento de articulación en textos como el clásico *Las Venas Abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano (1972). Ella se relaciona además con la Teoría de la Dependencia, ampliamente conocida en las ciencias económicas y sociales desde la década de 1970, que facilita sus propios contactos hacia fuera con corrientes Noratlánticas de investigación y pensamiento, como las representadas por autores como Immanuel Wallerstein, James O'Connor y Joan Martínez Alier.¹⁶

La segunda fuente de abordaje de lo ambiental como objeto de estudio histórico se vincula a las formas más tradicionales de organización de nuestras instituciones educativas en el campo de las Humanidades. Aquí, al cabo de un largo período de identificación de lo ambiental con lo ecológico y con las ciencias naturales, empieza a tomar cuerpo un interés por los problemas del ambiente, sostenido inicialmente por la geografía histórica y la antropología cultural, entre otras disciplinas. Especial interés tiene, en este caso, la relectura en clave ambiental de autores relevantes para la formación de la cultura latinoamericana entre los siglos XVI y XIX, desde Bernardino de Sahagún hasta José Martí y Euclides Da Cunha, un ejercicio que además posee sus propias vías de engarce con la labor de latinoamericanistas del mundo Noratlántico. Sin embargo, la persistente organización sectorial de las estructuras de producción y difusión del conocimiento en la región sigue –y seguirá– constituyendo un obstáculo institucional de primer orden para el desarrollo de un campo cuyo mayor potencial radica, como señala Gallini, “en la interdisciplinariedad y en el trabajo en equipo”.¹⁷

Resulta evidente, en todo caso, la extraordinaria debilidad de la organización institucional que sería necesaria para un abordaje de los problemas ambientales de la región en perspectiva histórica. Este es, con toda probabilidad, el factor más importante en la tendencia a estructurar el campo de la historia ambiental latinoamericana a través del sistema institucional del mundo Noratlántico. Esto, a su vez, contribuye a explicar por ejemplo al peso que en ocasiones adquieren entre nosotros las visiones de nuestra región construidas desde la “otra” América, incluyendo en ello a menudo las premisas, métodos y valores en uso para la organización del estudio de la historia ambiental de la América que Martí llamó “nuestra”.

Lo anterior no excluye que esta tendencia a la estructuración “desde fuera” haya producido resultados valiosos, como el texto ya mencionado *Desarrollo y Medio Ambiente: Una visión evolutiva*, y el portal de Internet creado por Lise Sedrez en Stanford. Esta tendencia también facilita la tarea de vincular la labor realizada en América Latina con la de académicos de Asia y África, que también se comunican a menudo entre sí a través del Atlántico Norte, como ocurre por ejemplo en el caso de la revista *Environment & History*. Todo ello podría representar, además, un valioso recurso en la lucha contra el provincialismo característico de amplios segmentos de nuestra vida cultural y académica, y para la construcción del tipo de perspectiva global indispensable para una comprensión adecuada de los problemas ambientales de nuestro tiempo.

Con todo, una articulación externa que emerja de nuestras debilidades, y no de nuestras fortalezas, plantea graves problemas para el desarrollo futuro del campo. Entre éstos, cabe mencionar por ejemplo el riesgo de un atraso aún mayor en la construcción de visiones propias; la importación indiscriminada de problemas y alternativas construidas desde las visiones de otros; una permanente fragmentación del campo de estudio, en el espacio como en el tiempo, y la pérdida de contactos de verdadera utilidad entre este campo y otros de indudable importancia –en sí mismos y en su utilidad para el abordaje de lo ambiental– en los que América Latina ha logrado ya resultados de gran valor, como la historia social, política, económica y cultural.

Algunas peculiaridades y tareas pendientes

Lo planteado hasta aquí sugiere, en suma, la necesidad de inscribir en la puerta de nuestro campo la advertencia hecha en 1891 por José Martí: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero que el tronco sea

el de nuestras repúblicas”.¹⁸ En efecto, para definir el lugar que pueda correspondernos en el desarrollo futuro de la historia ambiental, conviene tomar en cuenta algunas peculiaridades de largo plazo, presentes tanto en nuestras relaciones sociales como en nuestras formas de relación con el mundo natural, y que influyen de diversas maneras en nuestro contexto cultural. Entre estas, cabe señalar por ejemplo:

- La persistente presencia de una “economía de rapiña”, que aún constituye uno de los ejes fundamentales del desarrollo del capitalismo en nuestra región.

- La hegemonía del capital extranjero en esa economía de rapiña a partir del siglo XIX, renovada y ampliada además en el contexto de la globalización.

- La influencia de dicho capital en nuestros Estados nacionales, autoritarios y centralizados en grado extremo, y subordinados al interés de grupos locales de poder, que se benefician del intercambio de mano de obra y recursos naturales baratos por capital de inversión y vías de acceso al mercado mundial.

- La ausencia de una clase numerosa de pequeños y medianos productores rurales, y del tipo de intelectuales de clase media y de instituciones culturales asociadas a los intereses y la visión del mundo de este grupo social, que en el mundo Noratlántico desempeñan un papel de primer orden en la conformación del moderno movimiento ambientalista.

- La exclusión, a menudo violenta, de las experiencias y las visiones de la naturaleza no-capitalistas, y la organización de las instituciones culturales dominantes en torno a la idea, expresada por Domingo Faustino Sarmiento ya en 1845, de que nuestras sociedades estaban obligadas a escoger entre la civilización y la barbarie o, dicho en términos más contemporáneos, entre articularse con éxito al sistema mundial bajo hegemonía de las economías desarrolladas del Atlántico Norte, o perecer.¹⁹

Nada de esto, sin embargo, autoriza a desconocer la presencia en nuestras culturas de visiones alternativas –esto es, no oligárquicas– del mundo natural, creadas por intelectuales como el cubano José Martí (1853 – 1895), quien residió en Nueva York desde 1881 hasta el momento en que regresó a luchar y morir por la independencia de su país. Martí –un observador agudo y bien informado de la vida y la cultura en los Estados Unidos y Europa Occidental durante esos años, en los que llegó a estar familiarizado con la obra de autores como Henry George, Henry David Thoreau, Ralph Waldo Emerson y Charles Darwin –, fue uno de los críticos más relevantes de la visión oligárquica de la naturaleza en la América Latina de fines del siglo XIX.

Al respecto, Martí vinculó su propia visión de la naturaleza, en el plano político, con su lucha por la autodeterminación de los estados hispanoamericanos. Así, en “Nuestra América”, plantea que no hay “batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”, y aboga por la necesidad de gobernantes que sepan “con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en conjunto para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas”.²⁰

Lo dicho hasta aquí sugiere al menos tres grandes tareas pendientes para la creación de una historia ambiental latinoamericana. En primer término, no debemos construir esa historia en aislamiento, sino en un diálogo simultáneo con nuestras contrapartes en otros lugares del mundo, y en nuestras propias sociedades. Esto tiene especial importancia toda vez que, en los comienzos del siglo XXI, la presencia de lo ambiental en nuestra vida cultural y política tiende a reproducir, una vez más, la visión dominante que proclama como natural –y no histórica– la reducción de la naturaleza a la condición de un conjunto de recursos a ser administrado con tanta eficiencia como sea posible en función de las demandas del mercado mundial.

Siendo esto así, una segunda tarea debe ser la de seguir estudiando la historia ambiental de la región, como lo viene haciendo un creciente número de personas desde un número cada vez mayor de centros de investigación y enseñanza, desde México a Chile, Argentina y Brasil, y desde Cuba a Costa Rica y Panamá. Esta es la única vía verdadera para establecer con toda claridad que nuestros problemas ambientales de hoy se prolongarán y se agravarán en el futuro, a menos que los mecanismos de la “economía de rapiña” que operan en la región sean finalmente desmantelados, puesto que toda reorganización de la naturaleza hecha con

propósitos humanos acarrea consigo una reorganización de la sociedad humana.

En tercer –pero no último– lugar, tiene la mayor importancia llegar a conocer y comprender los procesos históricos, siempre conflictivos, a través de los cuales se ha venido construyendo el mundo natural en tanto que objeto de relación de los seres humanos entre sí y con su entorno en nuestra América. Aquí, cobra un inmenso valor lo que se hace por volver a descubrir el significado contemporáneo de autores como Martí –o la labor que, para el caso de autores brasileños, vienen realizando colegas como José Augusto Pádua y Regina Horta Duarte– en lo que hace a los procesos de toma de conciencia y de luchas sociales por motivaciones ambientales que vienen ocurriendo en la región a una escala cada vez más amplia. Esto, además, debe incluir una nueva exploración de nuestras fronteras socioculturales internas, en las que la necesidad de un uso previsor de los recursos naturales coexiste en estrecha relación con la de incorporar nuestras mayorías sociales a la solución de sus propios problemas –en particular los de la pobreza y la exclusión–, contribuyendo a facilitar el diálogo entre nosotros en América Latina, y con aquellos que vienen enfrentando problemas y preocupaciones semejantes en sus propias regiones.

Todo esto quiere decir que una historia ambiental latinoamericana deberá continuar los esfuerzos pioneros de autores como Cunill, Gligo, Morello y Tudela, para enfrentar los desafíos de una nueva circunstancia en la que necesitamos como nunca antes ser auténticos si aspiramos a ser universales. Esto nos permitirá, además, empezar a trabajar con aquellos que, en el marco de la cultura ecológica del Norte, comparten con nosotros las mismas preocupaciones respecto al impacto de la civilización que conocemos sobre el mundo natural. Lo que está en juego aquí, en breve, es la necesidad de finalmente hacer –y no sólo escribir– una historia planetaria como la que una vez pidiera Donald Worster, en la que la Grecia nuestra, y la que no lo es, se fundan finalmente en una misma cultura humana.

Bibliografía

Brailovsky, Antonio E., y Foguelman, Dina, 1997 (1991), *Memoria Verde: Historia ecológica de la Argentina*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Bengoa, Guillermo, “Siete notas sobre historia ambiental”, Revista THEOMAI, n.d., www.unq.edu.ar/theomai.

Brunhes, Jean, 1955 (1910), *Geografía Humana*, Editorial Juventud, Barcelona, Edición abreviada por Mme. M. Jean-Brunhes Delamarre y Pierre Deffontaines.

Camus, Pablo y Hajek, Ernst (1998), *Historia Ambiental de Chile*, Departamento de Biología, Facultad de Ciencias Biológicas, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago. www.hajek.cl.

Castro, Guillermo, (1995), *Los Trabajos de Ajuste y Combate: Naturaleza y sociedad en la historia de América Latina*, Premio Casa de Las Américas 1994, CASA/Colcultura, Bogotá/ La Habana, 1995.

Cunill Grau, Pedro, (1999), “La geohistoria”, en Carmagnani, Marcello; Hernández Chávez, Alicia y Romano, Ruggiero (Coordinadores), *Para una Historia de América I: Las estructuras*, Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas, México.

Idem, 1996 (1995), *Las Transformaciones del Espacio Geohistórico Latinoamericano, 1930–1990*, Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas, México.

Idem, 1978, “Variables geohistóricas sociales en los procesos de degradación del uso rural de la tierra en América Andina”, TERRA, número 3, Caracas, apud Vitale (1983, 72).

Escurrea, Ezequiel (n.d.), *De las Chinampas a la Megalópolis, El medio ambiente en la cuenca de México*, <http://omega.ilce.edu.mx:3000>

Florez Malagón, Alberto G., (1997), “La historia ambiental: hacia una definición disciplinar”, *Ambiente y Desarrollo*, Año 4, No. 6 – 7, mayo de 1996 – diciembre de 1997, Instituto de Estudios Ambientales, Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

Galfassi, Guido y Levin, Luciano, "Las preocupaciones por la relación Naturaleza-Cultura-Sociedad, Ideas y teorías en los siglos XIX y XX, Una primera aproximación", Revista THEOMAI, Número 3, Primer Semestre de 2001, www.unq.edu/revista-theomai.

Galeano, Eduardo, 1992 (1972), *Las Venas Abiertas de América Latina*, Siglo XXI, México.

Gallini, Stefania, "Invitación a la historia ambiental", Cuadernos Digitales, Publicación electrónica en historia, archivística y estudios sociales, Vol. 6, No. 18, Octubre de 2002, Universidad de Costa Rica, Escuela de Historia, www.ucr.ac.cr.

García Martínez, Bernardo y González Jácome, Alba (Compiladores), 1999, *Estudios sobre Historia y Ambiente en América, I: Argentina, Bolivia, México, Paraguay*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia / El Colegio de México, México, D.F.

Gligo, Nicolo, y Morello, Jorge, 1980, «Notas sobre la historia ecológica de América Latina», en *Estilos de Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina*, selección de O. Sunkel y N. Gligo, Fondo de Cultura Económica, El Trimestre Económico, No. 36, 2 t., México.

Martí, José, 1979, *Obras Escogidas*, Centro de Estudios Martianos, Editora Política, La Habana.

McNeill, John R., 2003 (2001), *Algo Nuevo Bajo el Sol, Historia medioambiental del mundo en el siglo XX*, Alianza Editorial, Madrid.

Melville, Elinor G.K., 1999 (1994), *Plaga de Ovejas: Consecuencias ambientales de la conquista de México*, Fondo de Cultura Económica, México.

Mires, Fernando, 1990, *El Discurso de la Naturaleza: Ecología y política en América Latina*, Departamento Ecueménico de Investigaciones, San José, Costa Rica.

Ortiz Monasterio, Fernando Fernández, Isabel Castillo, Alicia Ortiz Monasterio, José y Alfonso Bulle Goyri (1987), *Tierra Profanada: Historia Ambiental de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología.

Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI); Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (MOPU) (1990),: *Desarrollo y Medio Ambiente en América Latina: Una visión evolutiva*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo.

Sedrez, Lise (ed.), *Latin America Environmental History*, www.stanford.edu/group/LAEH.

Idem, "Historia ambiental de América Latina: orígenes, principales interrogantes y lagunas", en Palacio, Germán y Ulloa, Astrid (Editores) (2002), *Repensando la naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*. Universidad Nacional de Colombia – Sede Leticia; Instituto Amazónico de Investigaciones, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colciencias.

Vitale, Luis (1983), *Hacia una Historia del Ambiente en América Latina: De las culturas aborígenes a la crisis ecológica actual*. Nueva Sociedad, Editorial Nueva Imagen, México, D.F.

Wallerstein, Immanuel, 2001 (1999), *Conocer el Mundo, Saber el Mundo: El Fin de lo Aprendido, Una ciencia social para el siglo XXI*, México, Siglo XXI.

Idem 2001 (1995), *Después del Liberalismo*, Siglo XXI, México.

Idem 1998 (1991), *Impensar las Ciencias Sociales, Límites de los paradigmas decimonónicos*, Siglo XXI, México.

Idem (1992), *Geopolitics and Geoculture*, Cambridge University Press.

Worster, Donald, (1992), *a Nature's Economy: A history of ecological ideas*, Cambridge University Press.

Idem (1990), "Transformations of the Earth: Towards an Agroecological Perspective in History", in *Journal of American History*, March.

Idem (1989), "The vulnerable Earth: towards a planetary history", in Worster, Donald (ed.), *The Ends of the Earth*:

Notas

* Panameño, Licenciado en Letras, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, 1973. Maestro en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979, Doctor en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995. mimu@sinfo.net

¹ Al respecto, “Reencuentro de culturas. La historia ambiental y las ciencias ambientales” (1996) y “Transformaciones de la Tierra. Hacia una perspectiva agroecológica en la historia” (1990), en *Transformaciones de la Tierra*. Universidad de Panamá, Ciudad del Saber, IICA, Panamá, 2001.

² Lentz, David L. (Editor), 2000: *Imperfect Balance. Landscape transformations in the Precolumbian Americas*. Columbia University Press.

³ Baste recordar, por ejemplo, cómo ha ido cambiando nuestra valoración del trópico y sus habitantes desde los tiempos del enorme éxito de la novela *La Vorágine*, de José Eustacio Rivera, hasta las preocupaciones contemporáneas por la protección de la biodiversidad y del legado cultural de los pueblos indígenas.

⁴ “Historia tropical: a reconsiderar las nociones de espacio, tiempo y ciencia”, en *Repensando la naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*. Germán Palacio y Astrid Ulloa, editores. Universidad Nacional de Colombia – Sede Leticia. Instituto Amazónico de Investigaciones. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Colciencias. 2002, p. 68.

⁵ *Introducción a la Geografía Humana*. Alianza Universidad, Madrid, 1984. Capítulo I.

⁶ Al respecto, por ejemplo, Wallerstein, Immanuel: *Después del Liberalismo. Siglo XXI*, México; 1998 (1991). *Impensar las Ciencias Sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. Siglo XXI, México, y 1992: *Geopolitics and Geoculture*. Cambridge University Press.

⁷ “Invitación a la historia ambiental”. *Cuadernos Digitales. Publicación electrónica en historia, archivística y estudios sociales*. Vol. 6. No. 18. Octubre de 2002. Universidad de Costa Rica. Escuela de Historia. www.ucr.ac.cr.

⁸ McNeill, John R., 2003 (2001): *Algo Nuevo Bajo el Sol. Historia medioambiental del mundo en el siglo XX*. Alianza Editorial, Madrid.

⁹ “Nuestra América”, en *Obras Escogidas*. Centro de Estudios Martianos, Editora Política, La Habana, 1979. Tomo II, p. 521 – 522.

¹⁰ “Historia ambiental de América Latina: orígenes, principales interrogantes y lagunas”, en Palacio, Germán y Ulloa, Astrid (Editores), 2002: *Repensando la naturaleza. Encuentros y desencuentros disciplinarios en torno a lo ambiental*, p. 100.

¹¹ En el caso de la historia ambiental de la región, por ejemplo, los trabajos de Elinor Melville sobre México (1994) y de Antonio Brailovsky y Dina Foguelman sobre Argentina (1991) pueden ser considerados en el mismo nivel de análisis. En el segundo, interesa más considerar la labor de Brailovsky y Foguelman en el contexto de los hábitos y mentalidades de su cultura regional, y en su interacción con sus pares de la región.

¹² Al respecto, por ejemplo: “La historia ambiental: hacia una definición disciplinar”. *Ambiente y Desarrollo*, Año 4, No. 6 – 7, mayo de 1996 – diciembre de 1997, Instituto de Estudios Ambientales, Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

¹³ Para mediados de 2002, por ejemplo, los organizadores del Simposio de Historia Ambiental Americana que se realizara en Chile en el marco del 51 Congreso Internacional de Americanista, en julio de 2003, hicieron circular una lista de 69 investigadores vinculados al tema, en su gran mayoría latinoamericanos.

¹⁴ En mi caso, por ejemplo, trabajé en mi investigación de doctorado en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México entre 1992 y 1993, sin llegar a saber de los trabajos de Brailovsky y de Vitale, del mismo modo que es probable que ninguno de ellos sepa de mi propia labor hasta ahora. El contacto con el trabajo de Gligo y Morello fue posible debido a que eran una excepción –por no decir una curiosidad– dentro de una antología multidisciplinaria de ensayos acerca de los aspectos económico, político y ecológico de las relaciones entre el ambiente y el desarrollo en la región. Fue mucho más sencillo, por otra parte, entrar en contacto con autores como Donald Worster y Richard White a través de instituciones como la biblioteca del Servicio de Información de los Estados Unidos en la ciudad de México, y permanecer en contacto con su trabajo y el de otros especialistas del mundo Noratlántico a través de revistas como *Environment & History* –que sólo había publicado tres artículos sobre América Latina entre 1996 y 2002– y de servicios de información por Internet como los que ofrecen la Sociedad Norteamericana de Historia Ambiental, o académicos como Lise Sedrez, de la Universidad de Stanford.

¹⁵ Con excepciones como Castro (1994); Florez Malagón (1996), y Galafassi y Levin (2001) y, más recientemente, Germán Palacio y Stefania Gallini.

¹⁶ Stefania Gallini, en su “Invitación a la historia ambiental latinoamericana”, cit., plantea que al aplicar el “modelo progresista” en su forma inversa, los historiadores vinculados a este campo terminan por escribir “historias regresivas e igualmente unilineales”, que

reducen la historia ambiental “a la narración de la pérdida del estado de gracia en un supuesto Edén dominado por relaciones armónicas entre hombres y naturaleza”. América Latina, agrega, “parece ser particularmente sensible” a “esta infructífera forma de entender la historia ambiental”, lo que podría ser consecuencia “del economicismo que ha permeado la comprensión de la historia latinoamericana” y a que pueda ser ésta “la respuesta que mejor se acomoda a paradigmas interpretativos de larga tradición, como el de la teoría de la dependencia que tanta fuerza ha tenido y sigue teniendo en la historiografía latinoamericana y latinoamericanista”. Naturalmente, hay aquí una discusión que va más allá de lo inmediatamente planteado. En otro momento de su ensayo, la autora aboga por la búsqueda de lo universal en lo particular, “develar la relación de las sociedades con los ecosistemas a partir de las microhistorias de la contaminación del arroyo por la fábrica”, asumiendo lo local como unidad fundamental de análisis, frente a la tradición latinoamericana que ubica esa unidad fundamental en el sistema mundial, y asume lo regional, lo nacional y lo local como niveles dentro de aquel todo mayor y más complejo.

¹⁷ “Siendo imposible lograr una competencia especializada de alto nivel en disciplinas tan distintas como las que elaboran e interpretan estas tipologías de fuentes, agrega, el historiador ambiental no puede seguir la tradición ermitaña de sus colegas historiadores. Debe en cambio alimentarse de un trabajo de equipo integrado por geógrafos, cartógrafos, paleoecólogos, geólogos, biólogos entre otros, tratando de desarrollar un lenguaje común más allá de los tecnicismos de cada disciplina”. “Invitación...”, cit.

¹⁸ “Nuestra América”, en *Obras Escogidas*, cit., p. 522.

¹⁹ Más allá de esto, parecería tentador decir que otra peculiaridad de nuestra historia ambiental sería el papel desempeñado por la política –y en particular por su forma más extrema, la violencia– en la continua reorganización de las sociedades y el mundo natural en América Latina. Sin embargo, este parece ser un fenómeno muy difundido en la historia de las relaciones de todas las sociedades humanas con el mundo natural.

²⁰ Op. Cit., p. 521. Considerada hoy una fuente fundamental de nuestra identidad, la obra de Martí nos presenta ideas sobre la naturaleza, la autodeterminación y lo que el ambientalismo contemporáneo llamaría “desarrollo sostenible”, que ofrecen un suelo fértil y aún poco explorado para la colaboración entre las sociedades y las culturas de Norte y Sur América, sin la cual nunca serán resueltos los problemas ambientales que aquejan hoy a nuestro Hemisferio. Nada de esto, sin embargo, hace de Martí un “posible precursor de la historia ambiental de América Hispánica”, como generosamente pareció deducirlo Lise Sedrez (“Historia ambiental de América Latina..”, cit. , p. 101) de la lectura de mi libro *Naturaleza y Sociedad en la Historia de América Latina*. Tan solo ubica al cubano como expresión de una cultura –esto es, de una visión del mundo dotada de una ética acorde a su estructura– distinta y opuesta a la que ha venido expresando la hegemonía oligárquica en la formación y desarrollo de los Estados latinoamericanos de fines del siglo XIX a nuestros días, desde la cual se abren posibilidades aún poco y mal exploradas para una lectura de nuestras relaciones con el mundo natural que, en efecto, supere y deje atrás al economicismo característico del liberalismo desarrollista, que con tanta razón cuestiona Gallini. Aun así, la importancia de Martí –como la otros autores de la región en su tiempo– para la historia ambiental de América Latina apenas empieza a ser comprendida. De hecho, en 1975 algunas de sus ideas más sugerentes en relación a este tema fueron clasificadas como “artículos misceláneos” en la excelente edición cubana de sus obras completas. Al respecto: Martí, José: *Obras Completas*, 27 tomos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.